

con entonaciones tan pronto vagas como vivísimas, tan pronto lánguidas como rápidas y en las cuales brillaban las ideas, dando vida, y vida poderosa á su dicción. En el exterior la atmósfera brillaba también espléndida y llena de magnificencias. El espíritu de Dante, sombrío, luminoso y profundo como la noche y los cielos, parecía animarla.

—No su historia contemporánea la historia de sus pasiones fué lo que el transcribió. Su creación encierra la epopeya de las pasiones. Su gigantesco espíritu conmovía y arrastraba tras él, sacudiéndolos, impresionándolos é inspirándolos á legiones de espíritus á quienes comunicaba su modo de ser apasionado como Goethe comunicara sus ideas leyendo á Dante se siente y leyendo á Goethe se piensa. Uno crea el poema de las pasiones y el otro el poema de las ideas. El primero anima á la naturaleza con el corazón y el segundo con el cerebro. La vida irradia de ambos. La ira hace palpitar y vivir á los pensamientos vertidos por aquel como la reflexión vuelve analíticas á las ideas vertidas por éste. El sentimiento apasionado del uno vuélvese sentimiento estético en el otro. El uno siente y su sentimiento se desberda en emociones dulcísimas ó en rugidos feroces; el otro piensa y subordina y doblega los latidos de su corazón á su eclecticismo. Dante siente y se estremece con todas las pas-

siones humanas; Goethe piensa con la poesía de todas las épocas. Aun cuando no queramos, la bilis desbordándose en el primer caso da creación á las ideas como la bilis dominada en el segundo, las genera en diversa forma. ¿Cuál de ambos es más grande? ¿Cuál puede influir más en la concepción? ¿Cuál de los dos, examinado en su género respectivo, sanciona más y apoya la nueva teoría emitida sobre la generación de las ideas?

Aquella noche no habló más. Salí preocupado con la originalidad de la teoría y con la solución del problema. Ambas preocupaciones no eran tan poderosas, como el sentimiento ya desarrollado y para el cual únicamente vivía

XIV

En el estado de exaltación en que yo me encontraba, ya no era posible dominarme. Aquella mujer reinaba de un modo absoluto en mi alma. Toda mi existencia, en todos sus instantes, estaba llena con sus recuerdos, todos mis sueños como impregnados por sus ideas, todas mis acciones no reconocían otra causa que las generase más que la aspiración incesan-

te hacía ella. Lo que tantas veces se verificara en mi vida, volvía á repetirse y lo que había temido analizándolo antes de que sucediera, volvía á subyugar á mi espíritu. El alma ya no existía más que para adorar á aquella mujer. El amor había vuelto á apoderarse de mí y de todas mis facultades, pero esta vez de una manera razonada, lógica y por lo mismo irresistible. En la discusión interna el corazón había acabado por dominar completamente. Amaba, pero amaba convencido de que debería amar.

Vulgarísimo podrá parecer, pero cuando la serie de mis razonamientos terminó, tuve que adoptar la resolución que todos adoptan: debería unirme á ella, poco más ó menos como todos se unen, es decir, debería mezclar nuestras dos existencias para convertirlas en una caricia eterna.

Seamos breves; porque remover ciertos recuerdos y describir gastadas sensaciones, no producen otro efecto, más que el hastío del lector y el hastío más profundo aun del corazón.

Cuando el corazón ya no siente complácense en fomentar falsas sensaciones.

En una de aquellas entrevistas, yo hice mis proposiciones francas, claras y precisas. Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de mi amigo al contestarme á ellas.

—Yo no tengo inconveniente alguno y por el contrario, no desearía otra cosa más que verla á ella y á vd. felices. Asociémonos para curarla y cuando esto sea un hecho, el corazón creado por vd. natural es que le pertenezca. Ya le he dicho que fuera del estado somnambúlico esa mujer es una idiota. Es preciso que la vea en ese estado. Estoy seguro de que sólo su compasión despertará.

Ese era precisamente mi deseo. Con el más leve rasgo de inteligencia que revelase en su estado normal, mi resolución estaba ya adoptada. Mi curiosidad quería á todo trance satisfacerse y mi interés, el interés ya adquirido, tenía nuevos motivos para acrecentarse.

—Yo no hago más que secundarle en sus ideas, contesté, ha tiempo que así lo deseo.

Hizo con ella lo que practican todos los magnetizadores. Fatiga la descripción de lo que tantos hacen y casi todos han visto. Unos cuantos *pases* bastaron para retirar el fluido nervioso, que la envolvía, trayéndola al estado natural.

Opacóse el brillo del cutis como se opaca la cara de un sér humano cuando desaparece la vida, desapareció la lucidez y el fulgor de las pupilas, contrájose la boca con amarga sonrisa, y solo quedó ante mis ojos, la belleza de la forma deslumbrándome con el lujo de sus morbideces. El alma había en la apariencia desa-

parecido. La simpatía, la gracia, la expresión, quedaron sustituidas con la inmovilidad de las facciones. El atractivo fué reemplazado por algo peor que la inercia, por una rigidez y una frialdad que repugnaban. La frente, que casi se veía pensar, cambiose entonces en una frente de marmol y la cara, antes apacible, movable y luminosa, en una cara de piedra. Instantes después cesó en la sonrisa hasta la expresión de la amargura y en las pupilas, aquellas poderosas manifestaciones de la vida del espíritu. Desaparecieron las radiaciones misteriosas de la vida inteligente y como alguna vez me lo dijera, solo quedó una estatua de carne, dotada con fascinadora hermosura. Las bellezas de la forma resplandecían con delicadas y exquisitas sensualidades. Aun así, aun en aquel estado, aquella mujer era soberana y soberbiamente hermosa.

No había lugar á la duda como no había tiempo para el asombro. La transición había sido brusca, pero tan natural como el paso de la luz á las sombras y después á las tinieblas. Ciertas impresiones se comprenden sin necesidad de describirse.

Como Miguel Angel ante su Moisés, aquel hombre se aproximó á la joven y sacudiéndola violentamente un brazo, la dijo con tono imperativo:

—¡Habla!

Los ojos parecieron girar en sus órbitas, un rápido destello de inteligencia iluminó vagamente el fondo sombrío de sus magníficas pupilas y algo, semejante á la vida, brilló por un segundo tan solo en la fisonomía, inmóvil entonces y antes tan movable, expresiva y apasionada. La voz había también desaparecido como la fuerza nerviosa que la animara. Las facciones recobraron su estúpida inmovilidad. Repitió aquella orden con mayor energía y el resultado fué el mismo.

—¡Habla! gritó con acento desesperado. ¡Grita, llora, quéjate, muévete, vive! ¡Insúltame pero habla! ¡Maldice, blasfema, solloza, hierre, piensa! ¿No oyes? ¿No ves? ¿No sientes?

La cara permaneció impassible. Hubo algunos estremecimientos leves en aquel cuerpo tan hermoso, las manos se agitaron como buscando algo en el aire, la mirada brilló nuevamente, la vida se hizo por algunos segundos, para después volver á aquella inmovilidad semejante á la de la muerte.

—¡Lo ve vd.! dijo volviéndose á mí. ¡Lo ve vd.! ¡Es un trozo de carne sin alma! ¡Es necesario hacerla pensar, hacerla sentir, hacerla vivir! ¿La ama vd.? Comuníquele el sentimiento que le anima! ¡Déle la fiebre de sus ideas y el ardor de su sangre! ¡Dicen que el amor es omnipotente! Yo no lo he sentido jamás y tal vez

por eso, nada he podido obtener, pero usted, usted que la quiere y que así me lo dice, déle, déle la vida que no he podido comunicarle!

¡Qué misterioso es el sentimiento y cuánto falta todavía en él por estudiarse! ¡Qué caprichoso es el corazón y como se contradice en sus pasiones! A veces me he preguntado si los caprichos serán virtudes ó defectos del alma. Lo que debería haber destruido el sentimiento formado, fué la causa para que se multiplicase. Una mano de hierro parecía comprimirme el corazón con una fuerza espantosa y el deseo de encender en aquel cerebro la inteligencia, se apoderó del mio. El amor de la forma transformado lentamente en el amor de las ideas, se convirtió desde aquel momento en el amor, no de una dificultad, en la vehemencia que se produce en nosotros, cuando nos encontramos en frente de un imposible. La pasión se desencadenó en el espíritu con la salvaje magnificencia con la que á veces se desata una tempestad en el océano. El espíritu es á veces, tan impenetrable como el Cosmos. Como aquel también tiene en sí, la universalidad en sus creaciones y la transformación incesante. El ideal soñado y presentido en los cielos, aviva el anhelo del alma, que quiere anticiparse á los misterios que encierra la eternidad y desde la Tierra, crear. Teníamos en aquella mujer los elementos de la vida, la fuerza, la materia y

conocíamos ambos ciertos secretos de la concepción. Dios no es más que el amor infinito desenvolviéndose en múltiples formas de belleza en todo el Universo. Lo que en aquel hombre faltaba, yo lo tenía; necesitaba tan sólo un instante de inspiración.

Volviendo sobre mí mismo y dominando mis impresiones, interroguéle:

—¿Cuáles medios ha empleado usted para atacar el idiotismo y la parálisis?

—Todos los que aconseja la ciencia y su estudio constante, repuso friamente.

—Además del magnetismo?

—El magnetismo no lo aconseja nadie, porque nadie lo conoce. Dúdase de su existencia y de sus aplicaciones, y á los magnetizadores considéraseles como charlatanes. He aplicado todos los métodos. El ejercicio obligado para los músculos, alcaloides sobre el sistema nervioso, la electricidad por diversos sistemas; todos los medios que han puesto á mi alcance la naturaleza, la ciencia, el estudio y la práctica. Durante el sueño sonambúlico ha hecho indicaciones que no han dado resultado alguno en su estado ordinario. He utilizado la naturaleza, tratando de despertar sus pasiones, y hasta hoy todo ha sido inútil. Sólo vive con la vida magnética. La ciencia se ha estrellado, y ya que nada puede obtenerse por multiplicadas acciones sobre la inteligencia,

véamos si algo puede producirse por el corazón. Si se logra despertar en ella la menor impresión, el menor sentimiento, el problema está resuelto.

—¿Y usted me autoriza.....?

—A todo, replicó, á todo! Poco me importa su belleza. Lo que yo necesito resolver, es el problema científico! Lo que yo veo, es el bien para ella. El sentimiento es egoísta; pero en mí no existe. Hágala usted sentir, si puede!

Y cayó sentado junto á la mesa que había en el estudio, apoyando su frente sobre ambas manos.

La joven permanecía muda, inmóvil, fría, yerta, con los ojos fijos, las pupilas mirando, pero sin expresión, los labios entreabiertos, la mandíbula inferior como caída, y toda ella como agobiada por la agonía. Como había dicho, era la carne, la carne con vida, pero la carne sin alma.

Trascurrieron algunos minutos de silencio, y después, aproximándose á ella, dijo suavemente, apoyando una de sus manos sobre su adorable cabeza:

—Duerme.....!

En vez de producirse el sueño, prodújose la vida. Irguióse, resplandeció el cutis, animáronse las facciones, relampaguearon los ojos, centellearon las pupilas y en las miradas y en

las sonrisas volvió á revelarse el alma. La vida magnética recomenzaba.

Hubiérase creído que era una poseída, en sus momentos de inspiración.

—¿Para qué sirve la fuerza de voluntad, la perseverancia, el estudio, la ciencia y todos los conocimientos que uno adquiere, murmuró con tristeza, cuando no puede usted producir un solo arranque de sentimiento, una sola vibración de eso que ustedes los espiritualistas llaman alma?

—Y que existe, repliqué con firmeza, volviendo á admirar en aquella mujer sus soberanas radiaciones.

—Existel exclamó con arrogancia. Existe la mía, la que yo le comunico, la que yo le doy con la fuerza vital de mis nervios! ¡Es mi electricidad la que en ella vive! ¡El fluido magnético es el fluido nervioso, un fluido tan material como el aire y como el calor y que llegará á ponderarse! Yo acelero su vida con la vida mía, como el amante exalta la belleza de la mujer amada, con la imaginación. Eso, es el fruto de mis concentraciones, del empobrecimiento de mi sangre, de mi tensión nerviosa! Si yo sintiera, la comunicaría el sentimiento como le he comunicado la sensibilidad física; pero yo nada siento, yo no he sentido nunca, no he sentido jamás! Como otros han conservado la virginidad de su cuerpo y el vigor

de su sangre para engrandecer su potencia intelectual, yo he conservado la virginidad todavía más difícil y más extraña, la del corazón! Esa mujer que refleja mi vida y que en lo que ustedes llaman espíritu, me refleja también, no siente, porque yo no siento. Y aun cuando así lo quiera, nada puedo lograr. No depende de mí. La belleza física, la hermosura de las formas que á ustedes conmueve, no hace efecto alguno sobre mis nervios; la belleza moral, esto es, el sentimiento, no lo he comprendido y experimentado en mi vida; la belleza intelectual, es la adquirida por el estudio. He educado su cerebro, y ella refleja en él las ideas adquiridas en los libros; esto es, la belleza adquirida por otros; pero yo copio también errores, que puedo producir como todo ser humano. Es un cerebro que no puede concébir, hasta que el corazón ame. Amando, aun cuando no sea á mí, habré creado un sér. Hágala usted que ame. Hé ahí la inteligencia creada, la mirada con pasión, la sonrisa luminosa, la voz expresiva, el movimiento y las ideas; casi el sér..... Pero, ¿y el corazón y los sentimientos, cómo, cómo crearlos.....?

Entorpecida como lo está, en su doble vista ve, á pesar de eso, lo bastante para leer en el corazón de usted, sobre todo, cuando son ideas que á ella la conciernen y la afectan. Sé lo que usted busca y lo que cree encontrar en

ella. Un corazón virgen como el mío. Ahí lo tiene vd. Ya la ha visto en sus dos estados, el magnético ó artificialmente nervioso y el natural, que es en ella, el idiotismo. En este último, no podrá obtener el menor movimiento, una sola palabra y una sola idea. En el estado magnético, conoce ya sus exaltaciones. Es un estado casi delirante y febril. Es una existencia que solo se desarrolla en algo semejante á la catalepsia ó á la epilepsia y que pasa sin transición de la vida inconsciente de la piedra á la vida del fuego, que á si mismo se consume. El problema está propuesto; tócale á vd. resolverlo.

—Vd. la ha obligado á pensar en el sueño sonambúlico. ¿Por qué desespera de hacerla sentir?

—¡Porque nada siento! ¡Porque en mí la vida del corazón está subordinada á la del cerebro, porque puedo experimentar sensaciones pero, lo repito, desconozco los sentimientos! Todas las mujeres son para mí, iguales á esa; belleza de formas, delicadeza de cutis, brillo en los ojos, luz en las sonrisas, gracia en los movimientos, voluptuosidad en el conjunto, poesías en las exaltaciones que nos producen, pero todo eso nada me dice, no habla á mis sentidos que están muertos, no inspira á mi inteligencia abstraída en la contemplación interna de tantos problemas y tantos enigmas propuestos

para que los investiguemos. Ofrecí á vd. presentarle un hecho y un hecho que entraña un estudio, que con treinta años de observaciones no he podido resolver. Trato de aplicar el sentimiento como he aplicado la estriquina y el fósforo; no encontrándolo en mí, aplicaré el de vd. Esa mujer es un enigma para la ciencia y yo vivo para ésta. Fuera del estudio me habla de un mundo desconocido y en un idioma que no comprendo. Le ofrecí ciertas aplicaciones del magnetismo y ya las ve vd.; el resultado, es el pensamiento durante el sueño sonambúlico, el idiotismo fuera de éste. Esa mujer no obedece á las leyes físicas más que de un modo automático; sus fuerzas meramente mecánicas, son una resultante de las mias; las reacciones químicas no se verifican en ella más que de una manera incompleta; el cerebro no funciona más que doblegado por el mio; su sistema nervioso roba mi vida para nutrirse; en una palabra: es la carne, los nervios, los huesos, la médula, la sangre, los músculos animados por la fuerza de la vida y esa vida es una vida vegetativa. Faltan las pasiones. He desarrollado la existencia física, he creado una inteligencia, la he hecho accionar y pensar, pero no la puedo hacer sentir y sentir..... ¡Oh para los que nunca han sentido eso debe ser vivir!

La fisonomía de aquella joven radiaba entre la atmósfera sombría que llenaba el estudio.

Veíase que pensaba con nosotros, que nos comprendía, que la vida intelectual, en aquel estado, era casi perfecta; movimientos imperceptibles de sus cejas, leves contracciones del terso cutis en su frente, relámpagos de inteligencia que cruzaban sus ojos, miradas tan pronto dulces, como entusiastas, como ardientes, revelaban en ella la vida del alma. Ya otras veces la había oído expresarse con claridad, con precisión y en conceptos casi siempre originales, raros, y con el entusiasmo que solo podría producirse con la vida propia á las pasiones. ¿Cómo podría dudarse expresándose como se expresaba, de que aquella mujer sintiese?

Como Prometeo encadenado representa el espíritu humano sujeto á la mezquina existencia de la Tierra, así, ella representaba la inspiración sujeta á la forma, arreglada por la ciencia, doblegada por la voluntad, pero la inspiración sin alma, sin expresión, sin la irresistible belleza del sentimiento. La hermosura clásica brillaba en toda ella como puede vivir en la escultura y en la estatuaria; fría y sin movimiento. Faltaba la acción y la acción vendría á producirse con las pasiones.

Era necesario crearlas.

¡Crear las pasiones! ¡Crear las pasiones en un sér que no podía pensar y que no hacía más que reflejar pensamientos ajenos! ¿Cómo puede despertarse el odio en una piedra? ¿Cómo producirse el celo en quién no ama? ¿Cómo encender el amor en quién no piensa? Las pasiones son formas de las acciones del alma y para manifestarse necesitan de los pensamientos así como éstos necesitan en parte de aquellas para generarse. La sangre no se inflamaba en ella por los deseos, circulaba como podía circular la linfa; el corazón se movía pero no impulsado por los sentimientos, palpitaba obligado por la ley misteriosa de la vida; pensaba pero como se piensa cuando nos invade ligera calentura ó el principio de una fiebre, imágenes creadas por el delirio que se desvanecían sin dejar nada provechoso á la concepción; los fenómenos de la circulación y el movimiento eran instintivos y cuando no, obligados; respecto de las ideas, solo podían producirse en un estado constante de exaltación. ¿Qué había en aquel

sér? Para su creador, si así puede llamársele, todo. Para el razonamiento filosófico, frio y severo, nada. La materia doblegada por la fuerza de la vida, el cerebro dotado con la facultad retentiva y reproductiva en el sueño magnético y la falta, pero la falta absoluta de sensibilidad y por lo mismo de impresiones en el corazón y también en el resto del organismo. Era un cadáver en la voluntad, otro cadáver en sus sentimientos.

¿Qué valía el problema de la generación de las ideas que preocupaba á aquel cerebro? ¿Qué valía el orgullo que manifestaba por aquella sandez de la virginidad del corazón? El corazón no existe sin pasiones. ¿Qué había creado? Exaltar la vida cuando la vida existe, nada es. Producir la instrucción por el estudio, todos lo han hecho. Facilitar la locución de la palabra por el ejercicio, es lo mismo que el desarrollo de la musculatura por la gimnasia y el de la memoria por la práctica continuada. ¿Qué había creado, hasta tanto que no hubiese creado el corazón?

El poema de las ideas, es nada ante el de la acción, que es el de las pasiones. Goethe comparado con Shakespeare. Shakespeare es el Dante del corazón.

Los poemas del pensador alemán pasaron ante mi vista, como pasaron también las pasiones arrebatadas al espíritu, por el genio del

dramaturgo inglés, y á sus recuerdos, el mundo interior poblóse de creaciones.

El cerebro estaba lúcido, la conciencia tranquila; pero el corazón rugía. El corazón rugía porque amaba; amaba con el más terrible de todos los amores, el amor causado por la impotencia y por la desesperación.

En la memoria dibujábanse las formas de aquella aparición con los contornos como luminosos; despertaba el deseo, provocaba el delirio; engrandeciase el pensamiento en la fiebre; acariciábala, prodigábala ternura; animábala con fingida vida y con entusiasmos y acciones que sólo viven en la existencia multiplicada por la pasión, y cuando el pensamiento ya la había hecho suya, cuando el deseo encendía la sangre, cuando la imaginación iba á crear verdaderos océanos de deleites para mi espíritu, encontrábame, por brusca transición, con la carne helada, el cuerpo inerte, las pupilas yertas, el pensamiento paralizado, é idolatrando un cadáver.

Y el corazón se consumía adorando. Se consumía adorando la carne, cuando buscaba el alma, las formas, cuando anhelaba las ideas, la mujer, pero la mujer insensible, estúpida y fría, cuando anhelaba el alma. Dios mismo hubiera destruido su creación.

—¡Qué importa que hable! Es la voz, con la expresión agena en sus ideas! Las palabras,

animadas con pensamientos de otros! Las frases, con ignorado sentido! Libros ocultos en su cerebro! Repeticiones de lo que todos han dicho y pensado! —¡Qué importa que mire! Son ojos, pero ojos de cristal! Pupilas animadas por falso y fingido brillo! Se mueven, pero como se movería un autómata! No vive mientras no piense, y no pensará mientras tanto no ame! Es necesario hacerla pensar, sentir, moverse, anhelar, querer; pero no como una máquina! Quiero que esa mujer sienta, quiero que esa mujer ame!

Esto lo pensaba el cerebro, porque el corazón palpitaba y quería. Se le ha dado la vida nerviosa, pero como la producida por el galvanismo; se ha practicado la trasfusión de las ideas, como la trasfusión de la sangre; la voz, como la copiada por el fonógrafo; el movimiento, como á la maquinaria de un reloj; algo del instinto despertando á la bestia, á la carne, á la materia; pero falta el arranque, los impetus, los sueños, la imaginación, las emociones, la vida nerviosa natural, la exaltación en los deseos, la vida por el pensamiento, y sus fiebres y sus delirios, y más que todo esto, la vida de los sentimientos, con la vida del corazón.

¡Oh! ¡yo quiero que piense, para que pueda sentir!

Y la entraña generadora de las pasiones palpitaba convulsivamente dentro del pecho.

—Amamurmuraba con desfallecimientos supremos en su vida. Ama, balbucía torciéndose entre intensas voluptuosidades. Ama, vibraba con energía soberbia, dilatándose; ama para que goces y sufras, como gozo y sufro con tu recuerdo; para que bendigas al dolor y te extasies en el martirio; ama para que pienses, mientras yo por el amor veo aniquilarse la esencia de mi pensar!

Y el exceso de sensaciones aceleraba la vida del corazón que después de dilatarse, se comprimía.

Se comprimía por la angustia causada por aquel recuerdo voluptuoso y triste. Ansiaba al recordar la expresión y sufría al ver que adoraba aquella inmovilidad helada, fría, rígida, dura; acariciaba y acariciaba el mármol; soñaba con el beso y en vez de besar la brasa, besaba la piedra.

Como el pensamiento en un éxtasis casi religioso la había poseído, el corazón en un beso supremo, la hacía también suya.

Existen sensaciones que no se copian. Las imágenes por lo vivas parecen enfermedad de las ideas. El delirio es el pensamiento que se sublima y que se exalta. Las ideas se desarrollan combatiéndose entre sí, y por sí mismas se depuran. Al purificarse enaltecense. Faltánles en su existencia multiplicada, la manifestación en enérgica forma. Es como si un

acariciadora, unas veces, y otras parecían manifestar las tempestades que agitaban á aquel corazón. El entusiasmo por ella sentido, comunicábasenos, y cuando hablaba, nosotros vivíamos únicamente para escucharla.

Hablaba en ella el espíritu del amor, amor profundo, inmenso, poderoso, que hacía vibrar nuestras almas al oírlo, que conmovía nuestros nervios y que creaba nuevos mundos para nuestras gastadas pasiones. El estudiaba el fondo de las ideas, yo admiraba su fecundidad, su brillo, su vigor y su elocuencia apasionada. El amaba su obra, yo amaba el amor; pero el amor de las ideas, el amor ideal en la más arrebatadora de sus manifestaciones y mientras él estudiaba un problema, yo adoraba un corazón.

A veces le veía estremecerse, palidecer y con acento trémulo me decía:

—¡Lo ve vd.! Es difícil resistir ese lenguaje en que habla la convicción. Ella piensa, razona, quiere. No desesperemos. Háblele usted. Hágala sentir! Hágala amar!

Y me conmovía más la desesperación de aquel hombre, que la irresistible elocuencia de aquella mujer.

Yo quería hablar! Yo quería hablar, manifestando lo que en mí pasaba, lo que yo sentía y también lo que yo pensaba; pero en vano. Las palabras como que se rompían antes de

menos imponderable y más sutil que el éter, en la luz, en el cielo. Su espíritu radiaba y me envolvía en luminosa y eléctrica atmósfera, sus pensamientos sugerían los míos, y la vida, no la vida de su sangre y de sus nervios, la vida de su alma, la existencia inmaterial de su sér, impregnaba con misteriosa y sublime poesía, no sé qué incomprensibles anhelos de eternidad que me ennoblecían y que engendraban en los misterios más incomprensibles aún de mi ser, ideas que hacían divinizarse al corazón. La belleza de su alma hacíase sensible en la belleza de sus ideas y su hermosura física habíase desvanecido y como opacado ante la hermosura irresistible de sus pensamientos.

No era, como antes creía, la instrucción comunicada por la tenacidad del estudio y las repeticiones de las ideas de otros y por ella adquiridas, era algo como la inspiración de todas las épocas y de todos los siglos, luchando con el rebelde espíritu de la forma; virgen, poderosa y fecunda como la primitiva inspiración de la India, bella con la incopiable belleza del clasicismo griego, solemne como el espíritu bíblico, severa como la enseñanza de la ciencia y sencilla y profunda como las esquisitas espiritualidades del sentimiento. Expresabase con dulzura y vehemencia. Nada era la voz y el acento comparados con las ideas que las palabras envolvían. Los pensamientos cobraban forma

y esa lucha, lucha magnífica de la concepción, que estallaba en ideas, cuando yo quería que se desenvolviese en sentimientos!

¡No las palabras acariciadas por sus trémulos labios, las ideas animando y vivificando sus frases, las ideas brillando con lujo, las ideas desbordándose con irresistible elocuencia, con inimitable dulzura y con indefinible arrebató; no, no las palabras por ella besadas al pronunciarlas, los pensamientos claros, precisos, breves, su razonar profundo y su idealidad creciente, creaban la vida para mi cerebro que únicamente pensaba para admirar la poesía por ella producida y el desarrollo continuo y vehemente de mi sentimiento! ¡Ah! ¡no me digais que yo amaba! ¡La contemplación del artista por su obra, no es, no ha sido ni será nunca comparada con el éxtasis místico que despierta en el alma la atracción irresistible de Dios! ¡Y era El, era el Verbo Divino, el Verbo Creador y su inspiración eterna, quien así hablaba á mi espíritu en las dulcísimas ideas y en los fecundos pensamientos de aquella mujer!

La Naturaleza había desaparecido, y sus encantos y sus esplendores ya no hablaban á mi alma. Su espíritu se evaporaba en ideas que eran absorbidas por el río. El tiempo había también desaparecido, y en la abstracción profunda, mi sér vivía como aquel sér, en algo

resultado de aquel estudio, él, cada vez sentía desvanecerse sus esperanzas y yo acrecentarse mi amor. No mi amor, aquella pasión que tenía en sí la fuerza de consumirme por la multiplicidad de obstinaciones y ante sí, el obstáculo insuperable. Así como el océano se estrella ante las rocas que lo limitan descomponiéndose en encajes de espuma, así la voluntad, toda la voluntad de mi espíritu, se estrellaba contra aquel ser, descomponiéndose en ideas tristes, dolorosas, enfermas, ardientes, que vivían formando la vida apasionada en la que se agitaba el corazón.

Había observado en ella la evolución misteriosa de las ideas, su desenvolvimiento, su progresión; oíala diariamente, observaba la variabilidad constante de sus pensamientos, su originalidad, la poesía en ellos envuelta, las melancolías, los dolores y deseos que aparecían en sus imágenes; las voluptuosidades que á veces hacían temblar su voz; el ardimiento del alma que se exhalaba en frases; las puerilidades del corazón trasformándose en las dulzuras encerradas en sus conceptos y en las caricias ocultas en sus ideas; los entusiasmos que á ocasiones producían lo que podríamos llamar el atropello de las frases, la inspiración volviendo convulsivo y apasionado el acento, el espíritu luchando para arrancar del cerebro pensamientos en delicadas ó vigorosas figuras,

ble misterio de la creación propuesto á nuestras investigaciones! ¡Dios en el sentimiento queriendo crear el espíritu por el amor!

La posesión física habría exacerbado la pasión por el momento con el goce y después de satisfecha, se habría extinguido esa pasión, pero la posesión no podía realizarse porque la pasión no existía. Dejarse acariciar no es participar de las caricias como dejarse amar no es participar y sentir el amor.

La naturaleza presentaba en aquella maravillosa hermosura una fuerza de inercia invencible.

XVI

Pasaron semanas y trascurrieron meses. Día á día verificábanse aquellas entrevistas y nuevas discusiones y nuevos estudios. La abstracción habíase apoderado de nosotros y si él no vivía más que para pensar, yo no existía más que para sentir. Consultábame todos los medios empleados para producir la vida nerviosa en su estado natural, variábanse en sus términos las discusiones, estudiábamos y como